

## El archipiélago francés, gran cataclismo social

La Francia del siglo XXI ya no es un país homogéneo articulado por un Estado fuerte, sino una nación descompuesta en islas urbanas donde se concentran los vencedores de la globalización ajenos a la suerte de los "galos refractarios" que habitan en los pueblos y las periferias urbanas.

Antes de que Francia dejara de ser un país cuya vida política descansaba en la alternancia entre derecha (con el gaullismo como fuerza hegemónica) e izquierda (primero dominada por el comunismo, luego por el socialismo), su tejido social se desgarró. Las matrices que lo articulaban —La Francia campesina, la Francia obrera— se difuminaron al compás de la decadencia de la agricultura y la industria. En paralelo, los dos corpus ideológicos que la encuadraban —el catolicismo y el comunismo— se desintegraron: en 1960 el Partido Comunista representaba al 25% del electorado (ahora, al 2%) y el 90% de los franceses estaban bautizados; ahora, el 30%.

Desde la distancia, Francia sigue siendo un país homogéneo, sin apenas diferencias regionales, estructurado por

un Estado fuerte, centralizado y vertical con un presidente todopoderoso. Un mapa plano, con las cordilleras en las fronteras (Alpes, Pirineos) y una chincheta luminosa, París y su Torre Eiffel.

Desde cerca, muchas cosas habían cambiado, sin embargo. Y solo algunos supieron verlo. Dos demógrafos reputados, tanto por su rigor y dotes divulgativas como por su olfato informativo, Hervé Le Bras y Emmanuel Todd, fueron los primeros en estudiar con lupa los mapas electorales. El geógrafo Christophe Guilluy estudió la Francia de las periferias que cuando quiso reclamar atención se puso un chaleco amarillo. Pero quien mejor acertó a definir la Francia del siglo XXI fue Jérôme Fourquet, geógrafo, analista político y director del Instituto Francés de la Opinión Pública (IFOP). Su visión dio título (*El archipiélago francés*) a un libro que vendió 130.000 ejemplares, cifra asombrosa para un texto de sociología. Su subtítulo anunciaba el “nacimiento de una nación múltiple y dividida”. No hay una Francia vaciada, pero, al igual que sucede en España, los habitantes de esa Francia en la sombra se sienten marginados. Y están decididos a que se sepa. (Ver capítulo chalecos amarillos).

La Francia del siglo XXI es una nación descompuesta en muchas islas, sus metrópolis, con París a la cabeza, donde se concentran los buenos empleos y los ganadores de la globalización, abiertos al mundo y a las culturas diferentes, bien comunicados, satisfechos consigo mismos y ecológicamente preocupados por el fin del mundo. Un archipiélago desconectado de los territorios de “los galos refractarios”, en expresión despectiva de Emmanuel Macron, habitantes de ciudades pequeñas, aldeas y periferias

urbanas donde la mundialización no genera beneficios ni empleos, donde lo ajeno y lo novedoso se percibe como una amenaza y donde la preocupación es cómo llegar a fin de mes.

Fourquet describe con precisión la transformación de Francia en un inmenso parque de atracciones, una sociedad donde la industria ya solo supone el 10% del PIB y que ahora vive por y para el consumo, el ocio y la cultura. Se atreve, incluso, a señalar dos fechas emblemáticas de este gran cataclismo social: el 30 de marzo de 1992, cuando cerró sus puertas la factoría de Renault en Boulogne Billancourt, la mítica fábrica de las afueras de París ante cuyas puertas arengaba Jean Paul Sartre, y el 12 de abril del mismo año, cuando se inauguró el parque de atracciones Eurodisney, rebautizado luego como Disneyland París. “Dos símbolos. Solo 13 días separan dos mundos”.

Otro hito fue el Estadio de Francia “levantado en la que fue la mayor concentración industrial tras el Ruhr (Alemania)”. El estadio se inauguró el 28 de enero de 1998 con un amistoso Francia-España (1-0, Zidane) con Jacques Chirac y José María Aznar en el palco. El seleccionador español, Clemente, explicó así la derrota: “La zona de la portería de Zubizarreta estaba helada. Era un buen disparo, pero Andoni ha perdido pie (...) Si en España un estadio de 60.000 millones de pesetas no tiene calefacción bajo el césped nos vemos todos cazando moscas. Es increíble que en una obra de esta magnitud se hayan olvidado del terreno de juego. Estuvimos a punto de pedir botas con clavos...”

Unos días antes, en la visita para la prensa, yo también había visto que el maravilloso Stade, un prodigio técnico

con pista de atletismo ocultable bajo el primer graderío, retráctil, tenía un césped sin arraigo: “Dos causas. Falta de sol y contaminación del suelo que albergó una fábrica de amoniaco...”, apunté en mi reportaje previo a la inauguración.

Los españoles lo conocen porque allí el Real Madrid disputó y ganó la final de la Liga de Campeones de 2022 frente al Liverpool. Bastantes seguidores del equipo merengue guardan, sin embargo, un mal recuerdo de esa noche tras sufrir “la acción de varios centenares de delincuentes violentos y coordinados”. La cita es del informe final conjunto de dos comisiones del Senado que desnuda al ministro del Interior, Gérald Darmanin, y a otros responsables del orden público. Entre otras razones, porque “la presencia de estos delincuentes, aunque de una amplitud inédita, era previsible”. Todo el mundo sabe que el departamento de Seine Saint Denis es un arrabal en el que es mejor no aventurarse más allá de su catedral, donde están enterrados los Reyes de Francia, y del Estadio de Francia.

Está situado al norte del municipio de París y es un buen ejemplo del trabajo de etnología político social de Fourquet. Emblema del cinturón rojo, el PC dirigía 27 ayuntamientos en 1977, 14 en 2001 y seis en 2020.

El declive comunista fue paralelo al cierre de fábricas y a la llegada de población inmigrada. Hoescht cerró su planta química en 1995, Westinghouse su factoría de material ferroviario en 1997; en este siglo, bajaron la persiana la metalúrgica Babcock Wilcox en 2012, la farmacéutica Sanofi en 2013 y, finalmente, dos centros del grupo Peugeot en 2014 y 2018.

“Privado de su sustrato industrial y obrero, el comunismo municipal estaba abocado ineluctablemente a periclitar”, concluía Fourquet en un estudio sobre ‘la dislocación de la periferia roja’ publicado en *Le Figaro*. Si los antiguos alcaldes comunistas eran obreros, sus sustitutos son empresarios o empleados del sector terciario. Porque, en torno al Stade de France, han instalado sus sedes sociales compañías como SFR, Generali, SNCF, Randstad. Y el cineasta Luc Besson levantó aquí en 2012 su Cité du Cinéma, con estudios de cine y TV en una antigua central térmica. En el norte del departamento, el aeropuerto de Charles de Gaulle ha pasado de acoger 15 millones de pasajeros en 1985 a 76,2 millones en 2019.

“La población obrera, integrada, sindicada, a menudo empleada en las grandes empresas metalúrgicas, de las que el PC extraía cuadros, militantes y electores, ha sido reemplazada por una población pobre, excluida del mercado laboral o con empleos esporádicos en empresas de servicios o de trabajo temporal y que además sufren una marginación suplementaria por ser de origen inmigrante y de nacionalidad extranjera”, escribió en 2004 el geógrafo Philippe Subra.

Dado que en Francia la legislación prohíbe inquirir sobre la religión que profesa cada uno, los estudiosos recurren a diversas observaciones para medir la irrupción del islam. En Saint Denis los recién nacidos que tienen un nombre de pila árabe o musulmán han pasado del 15% en 1983 al 45% en 2016. El candidato de extrema derecha, Éric Zemmour, nacido en un municipio de Sant Denis (Montreuil), escribió en su libro *Francia no ha dicho su última palabra*: “Entre los diez nombres de pila más

dados a los niños todos son extranjeros como Mohamed o asimilados como Inés o Ryan”.

En los años 80, los demógrafos Hervé Le Bras y Emmanuel Todd Habían cartografiado la audiencia electoral en el PC y la práctica religiosa católica en un mapa que titularon ‘Marx y Jesús’ dentro de su libro *La invención de Francia*. Tras constatar que las zonas de fuerte implantación comunista y las de intensa identidad católica no se superponían, concluyeron: “el comunismo es menos un fenómeno de lucha de clases que un conflicto de naturaleza metafísica entre los que creen en el paraíso después de la muerte y los que creen en el paraíso sobre la tierra, entre partidarios de la ciudad de Dios y los de la ciudad del sol. El comunismo es, antes que nada, como la religión, una relación con el más allá”. En un guiño que él presenta como homenaje a sus predecesores, Fourquet ha levantado el mapa ‘Marx y Mahoma’. Pone en relación el número de mezquitas con el de sedes permanentes del PC. En Saint Denis, quedan 27 locales comunistas y hay ya 82 mezquitas.

Como si fuera un geólogo, el observador detecta en la superficie las trazas de la influencia musulmana “en la moda (*niqab* y *jilbab* en las mujeres, chilaba y barba en los hombres), en los numerosos comercios halal y, por supuesto, en mezquitas y salas de oración, todo ello en curso de sedimentación desde hace una treintena de años en este departamento y en numerosas barriadas populares de toda Francia”.

Esta capa musulmana se superpone a la ‘capa yanqui’ (los McDonald’s) y a una ‘capa roja’ aún presente. Los obreros y los concejales comunistas desaparecieron, pero

sobrevive el sustrato comunista en el callejero: avenidas o calle de Stalingrado, bulevar Gorki, avenida Allende y otras dedicadas a héroes locales.

En un nuevo libro, *Francia bajo nuestros ojos* (2021), escrito en colaboración con el periodista Jean Laurent Casely, Fourquet no solo lleva la cuenta de la destrucción del tejido industrial con precisión (94 centros de producción de la industria del automóvil y 114 del sector agroalimentario, cerrados entre 2008 y 2020) sino que describe una Francia donde los almacenes de Amazon han sustituido a las fábricas, los parques de atracciones y los centros de saldos multimarca a las discotecas y bailes populares.

En el archipiélago francés reina un hiperindividualismo que convierte en obsoletas las variables tradicionales de la sociología política. La gran convergencia de los años 70 y 80 ha dejado sitio al ‘efecto reloj de arena’: En ‘la Francia *premium*’, los modos de vida de las clases superiores han subido de gama mientras que, por abajo, se ha impuesto una economía de buscarse la vida, ‘La Francia *discount*’. “En una sociedad que no cree ya en la revolución, lo que cuenta es el aquí y ahora, lo que puedo pagar a mis hijos. La idea es que si a los 40 no puedes comprarles unas Nike a tus hijos has tirado tu vida por la borda”, resume el autor cuya especialidad formativa fue geopolítica y geografía electoral.

Como además dirige uno de los principales institutos de sondeos (IFOP), Fourquet es capaz de hilar muy fino en la lectura de los resultados electorales. Tras la victoria de Macron sobre Le Pen en 2017 (66% - 34%), analizó el voto en relación con la distancia del lugar de residencia a una estación de ferrocarril. En las ciudades con estación,

Macron arrollaba (78% - 22%), mientras que, en las localidades a más de 20 km de una estación de tren, Le Pen se imponía (60% - 40%).

Otra relación interesante, voto y dominio del inglés: el 35% de los votantes de Macron afirmaba manejarse en la lengua de Shakespeare frente al 19% de los de Le Pen. Entre los partidarios de Macron, un 47% estima que su aprendizaje debe ser una prioridad de la escuela; solo el 28% de los de Le Pen opina igual. Otrosí, el 43% de los macronistas ve series o films en inglés frente al 23% de los lepenistas.

Es la misma ruptura que David Goodhart, director de la revista *Prospect*, teorizó en su libro *The Road to Somewhere: The New Tribes Shaping British Politics* sobre el Reino Unido. El ensayista describió una sociedad dividida entre la gente de cualquier parte (*people from anywhere*) y la gente de alguna parte (*people from somewhere*). Los primeros son los triunfadores de la globalización, residentes en Londres y las grandes ciudades, abiertos a las influencias culturales externas. Los segundos tienen más arraigo local, menos diplomas y son menos móviles. El segundo grupo fue el que impuso su criterio en el referéndum del Brexit.

Que Macron pertenece a la élite cosmopolita (los *anywhere*) no ofrece discusión. Pero hay un detalle que confirma su singularidad. Hasta él todos los presidentes habían tenido un feudo local, un anclaje con la Francia profunda que equilibraba su impronta parisina, ya que vivían y hacían política en la capital. George Pompidou en Cantal, Valéry Giscard d'Estaing en el Puy de Dôme, François Mitterrand en la Nièvre, Jacques Chirac y François

Hollande en Corrèze, Nicolas Sarkozy en los Altos del Sena. Macron supone en esto también una ruptura con la tradición, es un político sin raíces territoriales. Un político de cultivo “hidropónico, como esos sustratos neutros e inertes sobre los que se cultivan en invernaderos frutas y legumbres”, observó Fourquet en *Le Figaro*.

Los resultados de la primera vuelta de las presidenciales de 2022 confirmaron la existencia de esas dos Francias (la cosmopolita, liberal y europeísta, que vive en las islas del archipiélago; y la provinciana, populista en cualquiera de sus versiones extremistas y nacionalista de la periferia). Los viejos partidos que fueron los pilares de la V República confirmaron su decadencia y sus candidatas los peores registros históricos (la socialista Anne Hidalgo, 1,75%; y la republicana —derecha clásica— Valérie Pécresse, 4,78%). [Ver capítulos dedicados a ellas, así como a los otros candidatos].

El buen resultado del candidato de la extrema Izquierda, Jean Luc Mélenchon (21,9%), tercero tras Marine Le Pen (23,15%) y Emmanuel Macron (27,85%) llevó a algunos observadores en España a interpretar los comicios en clave de radicalización. Los extremos han aspirado el voto de la derecha clásica y la izquierda del sistema, sometidos a una centrifugación electoral de la que sale perdiendo quien ocupaba el centro, venían a decir. Es un espejismo. Un estudio del IFOP realizado el mismo domingo 10 de abril de 2022 en la hora que siguió al cierre de los colegios de la primera vuelta aportaba el siguiente retrato electoral:

Entre quienes ganan menos de 1250€ netos al mes, un 31% votó a Le Pen y un 28% a Mélenchon. Ambos

tienen el mismo apoyo (26%) en la franja de 1.250 a 2.000€. En cambio, un 35% de quienes ganan más de 3.000€ votó a Macron. El 34% de quienes están en paro votó al candidato de extrema izquierda y un 29% a la de la extrema derecha. El 42% de quienes ahorran bastante y el 36 de los que economizan algo vota a Macron. Por el contrario, el 30% de los que llegan justos a fin de mes y el 28% de los que viven a crédito dio su sufragio a Le Pen. Porcentajes similares, aunque inferiores de ambas categorías escogieron a Mélenchon.

Se confirma en otra cita con las urnas que el 36% de los obreros y empleados votan a Le Pen mientras que Mélenchon recibe el apoyo del 23% de los obreros y del 25% de los empleados. Macron concita el respaldo de 35% de los cuadros superiores y el 38% de los jubilados.

De todos ellos sale un retrato no de tres Francias (extrema derecha/ centro/ extrema izquierda) sino de dos: Los que están muy satisfechos de cómo les va la vida votan abrumadoramente a Macron (43%) los bastante satisfechos (un 37%). Los insatisfechos votan a Mélenchon (37%) o Le Pen (31%) y los muy insatisfechos apoyan abrumadoramente a Le Pen (46%).

La Francia que va bien y tiene titulación superior vota a Macron. La que no tiene ni el bachiller vota a Le Pen. Los votantes de Mélenchon, en cuestión de estudios, aparecen en una posición intermedia. Seguramente, por razones de edad. El tribuno de la izquierda radical se impone entre los votantes de 18 a 34 años (32,5%), la líder derechista ganó (29%) entre los que tienen entre 35 y 59 años y el presidente saliente lo hizo entre los sesentones (30%) y arrasó (41%) entre los que superan los 70.

El director del IFOP, Jérôme Fourquet, concluyó: “Hay dos bloques sociológicos y culturales. La división entre la Francia de arriba y la de abajo sigue aumentando de potencia en lugar de la vieja división entre derecha e izquierda. La suma de socialistas y republicanos de la derecha clásica, el duopolio que ha dominado el escenario político durante 40 años, está entre el 5 y el 10%... Hemos basculado en otro universo”.

Los estudios sobre el voto en la segunda vuelta en la que Macron (58,54%) se impuso a Le Pen (41,46%) confirman la tesis. Según un estudio de Ipsos & Sopra Steria, el presidente reelecto acaparó el 77% de los votos de los cuadros y el 59% de las categorías profesionales intermedias, mientras que su rival recibió el apoyo del 67% de los obreros y el 59% de los empleados. Le Pen ha progresado 11 puntos en ambas categorías con relación a las presidenciales de 2017. En términos salariales, Le Pen fue mayoritaria (54%) entre los hogares donde el ingreso neto mensual es inferior a 1.250€. En lo alto de la escala salarial (más de 3.000€ netos al mes), Macron es respaldado por el 65% de los votantes.

Fourquet hila más fino: “Le Pen logra sus mejores resultados entre quienes ejercen los oficios más penosos (trabajan de pie o a la intemperie, llevan peso, realizan gestos repetitivos, tienen horarios nocturnos o están expuestos al ruido o productos químicos). Los mandos y las profesiones mejor valoradas votan a Macron. Los macronistas dirigen y encuadran y tienen cierta autonomía; por el contrario, la condición mayoritaria de los lepenistas es la del ejecutor sin apenas influencia sobre el curso de las cosas”.

Así que no es de extrañar que Ipsos detectara que el 69% de quienes “están satisfechos con su vida” votaran por Macron y que el 79% de los insatisfechos lo hicieran por Le Pen. El nivel de estudios corrobora el análisis. El 70% de los titulados superiores votó a Macron mientras Le Pen triunfaba (56%) entre quienes tenían menos estudios. “El partido lepenista ha progresivamente capitalizado el resentimiento y el sentimiento de relegación de los públicos menos titulados a medida que el nivel medio educativo ha aumentado”, observa Fourquet.

En términos geográficos, el resultado electoral de la segunda vuelta de las presidenciales dibuja un mapa de dos Francias: “La Francia triple A [como la deuda mejor calificada de los estados] agrupa el centro de las metrópolis más atractivas y las zonas residenciales y turísticas tanto del litoral como de las estaciones de esquí. ‘La Francia de la sombra’, en la que los precios inmobiliarios son asequibles porque nadie sueña con instalarse allí, engloba los antiguos feudos industriales hoy en crisis, las zonas rurales excéntricas, las pequeñas ciudades en declive y sin atractivo turístico, así como las coronas periurbanas alejadas de las grandes metrópolis”, escribió Fourquet en *Le Figaro*.

Ni que decir tiene que la primera vota a Macron, que se impuso a Le Pen en todas las grandes ciudades excepto en tres urbes sureñas con mucha población de origen *pied-noir* (retornados de Argelia tras la independencia, ver capítulo) donde la extrema derecha obtiene buenos resultados siempre: Tolón, Béziers y Perpignan, cuyo alcalde es Louis Aliot, expareja de Marine Le Pen. Macron obtuvo su mejor resultado en la región parisina (Isla de

Francia), donde superó el 73 % de los sufragios. En París ganó en todos los distritos y en todos los colegios electorales, una victoria aplastante (85 %), aunque perdió cuatro puntos con relación a 2017. Las zonas turísticas de la costa, las estaciones de esquí o las localidades que dan nombre a las denominaciones de origen vinícolas de prestigio también votan a Macron.

Según Fourquet, “la lucha de clases no ha desaparecido. Francia es hoy el teatro de la violenta lucha de lugares (*places* en francés). A diario millones de hogares compiten para intentar residir en las zonas más deseadas del escalón territorial. Si el lugar deseado queda fuera del alcance financiero del individuo, se resigna a vivir en el escalón inferior y desaloja a su vez a otro hogar en peores circunstancias. Este a su vez baja otro escalón y va a alojarse un poco más lejos del corazón de la metrópolis”.

Este fenómeno lo ha descrito también Christophe Guilluy, que ha teorizado ‘el fin de las clases medias’. “En estos últimos 30 años, las metrópolis se han vaciado de sus clases populares. Debido al nuevo modelo económico globalizado y a la desindustrialización, las grandes urbes concentran la mayor parte de la creación de empleo, aunque solo vivan en ellas entre el 30 y el 40 % de la población. Por primera vez en la historia, las clases modestas no viven allí donde se crea empleo. Este choque social y cultural es el origen de todas las contestaciones políticas, sociales y culturales ocurridas en Francia y en otros países europeos”, me dijo en una entrevista.

A juicio de este geógrafo, “no hay una secesión de las clases populares [con el sistema] sino una reacción a la secesión social y cultural de las clases populares. La gente

común espera una oferta política que no sea moralmente condenable”. Entre tanto, vota a quien se oponga con mayor contundencia al candidato del sistema. Aunque esté etiquetado de extrema derecha o de extrema izquierda. Y por eso hasta un 17% de los votantes de Mélenchon en primera vuelta escogió la papeleta de Le Pen 15 días después.

Una proporción similar a la de los votantes de la candidata de la derecha clásica, Pécresse (18%), mucho más cercana a la ideología de Le Pen. En cambio, solo el 6% de los electores del ecologista Yannick Jadot se inclinó por ella. En ambos casos, sus votantes de primera vuelta siguieron la consigna de voto de sus líderes y respaldaron rotundamente a Macron (65% de los de Jadot y 53% de los de Pécresse), según el estudio de transferencia de voto de Sopra Steria.

En cambio, los votantes de Mélenchon se repartieron en la segunda vuelta entre el voto a Macron (42%), la abstención (24%), el voto en blanco o nulo (17%) y el voto a Le Pen (17%). La transferencia de votantes del candidato de extrema izquierda a la candidata de extrema derecha fue especialmente notable en los territorios ultramarinos. En Guadalupe, Martinica y la Guayana, Mélenchon obtuvo contundentes victorias en primera vuelta (56%, 53% y 51%) mientras Le Pen no llegaba al 18% en ninguna de estas tres circunscripciones. Sin embargo, en la segunda vuelta, Le Pen arrasó: en Martinica y la Guayana, rozó el 61% y en Guadalupe se quedó a unas décimas de alcanzar el ¡70%! Y pensar que hace 35 años los habitantes de Guadalupe impidieron que el avión que llevaba al padre de Marine, Jean Marie Le Pen, aterrizara

allí... Resulta evidente que el sentimiento de rechazo a Macron y de protesta ante el olvido de París hacia sus territorios ultramarinos ha dejado atrás la etiqueta de racista asociada al apellido Le Pen y a sutilezas de derechas e izquierdas.

“¿Quién acabó con la división entre izquierdas y derechas? Se dice que Macron gracias a su inteligencia fuera de lo común. Es falso. Hace ya 20 años que las clases medias y populares no tienen como referencia el eje izquierda/derecha. Sobre todo las clases populares que se han ido de la izquierda a la extrema derecha o la abstención”, sentencia Guilluy.

A Guilluy le preguntaron en *Le Figaro* si el buen resultado del candidato de extrema izquierda en la primera vuelta no desmiente la tesis de una Francia partida en dos por la fractura entre la élite y el pueblo. Respuesta: “No, la fotografía buena es la de las dos Francias y los dos candidatos que no se amoldan a la fractura derecha/izquierda. Mélenchon ha flotado brillantemente entre los burgueses bohemios y las minorías, lo que queda de la izquierda y el voto musulmán. Pero esta alianza entre una pequeña burguesía *woke* y las clases populares apegadas a los valores tradicionales hiperconservadores que vehicula el islam es muy frágil y corre el riesgo de explotar cuando Mélenchon [que tiene 70 años] se retire de la política”.

Guilluy es muy crítico con el modelo económico liberal que juzga “ultrainigualitario”. “Estamos en un momento religioso donde es imposible abandonar el dogma del libre cambio. Así que en el espíritu de estas élites no puede haber alternativa al modelo”.

A su juicio, “la retórica de diabolización de la extrema derecha y del apellido Le Pen busca antes que nada diabolizar el diagnóstico social cultural y económico de las clases populares y medias y su rechazo tantas veces expresado al modelo. En definitiva, reducir la contestación popular a la de una tribu perdida, la de los famosos blanquitos, una representación que no corresponde a la realidad como se puede ver en los resultados de Le Pen en ultramar”.

“Y como las elites no pueden o no quieren responder a las clases populares, emplean el miedo. La gestión del miedo consiste en vaticinar el apocalipsis democrático, ecológico y sanitario. El apocalipsis democrático consiste en hacernos creer desde hace 30 años en la vuelta del fascismo. Es puro teatro que permite a los partidarios de la globalización reclutar a los indecisos y a gran parte de los jubilados”.